

La obra de redención

Creencia y práctica eucarística en la Arquidiócesis de Seattle

INTRODUCCIÓN

Durante mi primer año en la Arquidiócesis de Seattle, he podido celebrar Misa en decenas de parroquias y misiones. En todos los lugares que he visitado, he encontrado comunidades de vibrantes creyentes y llenas de fe. Ya sean grandes o pequeñas, urbanas o rurales, nuestras parroquias dedican mucho cuidado y atención a las celebraciones litúrgicas. La razón de esto es bastante simple: “La Iglesia recibe su energía de la Eucaristía.”¹ La Eucaristía es el centro de nuestra vida como Iglesia y como individuos cristianos. De un modo muy real, no podemos vivir sin ella.

La pandemia del COVID-19 ha tenido un impacto en cada aspecto de nuestras vidas, incluyendo nuestro culto. Para nosotros los católicos, la pandemia, junto con “el ayuno de Eucaristía” que trajo consigo, ha revelado de una nueva manera lo fundamental que es la celebración de la Eucaristía para nuestra identidad como Iglesia y como comunidad. Aun cuando no podamos reunirnos físicamente, nos reunimos espiritualmente: las parroquias continúan poniendo la Eucaristía al frente de la vida de la parroquia a través de transmisiones en vivo en las redes sociales. No obstante, también nos hemos dado cuenta, como nunca antes, de que nada se compara con celebrar la Eucaristía *juntos*, y para recibir el sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo como parte de una comunidad de creyentes.

Al llegar al término de mi primer año en Seattle, invito a todos en esta Iglesia local a un renovado

enfoque en el corazón mismo de nuestra fe y de nuestra vida parroquial:

la Eucaristía. La Eucaristía es la fuente inagotable de gracia, el Misterio Pascual de la muerte y resurrección diaria de Cristo, renovada para nuestra salvación y para salvación del mundo entero. La Eucaristía es la presencia viva de Cristo entre nosotros. Esa presencia no nos deja ni nos debe dejar indiferentes: al recibir el Cuerpo de Cristo, nos *convertimos* en el Cuerpo de Cristo. La Eucaristía nos une a Cristo, y, en Cristo, nos une a unos con otros, y la Eucaristía nos compromete con el pobre, enviándonos a servir y a amar.

Cuando se trata de la Eucaristía, siempre podemos profundizar. No importa si hemos pasado años explorando la teología eucarística, o si aún estamos preparándonos para nuestra primera Santa Comunión, siempre hay más por descubrir acerca de la Eucaristía. Y no importa los recursos de nuestras comunidades parroquiales, con cuidado y atención nuestras liturgias siempre pueden mejorarse para reflejar más claramente al Cristo que verdaderamente preside cada celebración de la Eucaristía. Durante este siguiente año, pido a cada católico de cada comunidad parroquial que se comprometa a profundizar su entendimiento y experiencia de la Eucaristía, y a fortalecer nuestras liturgias eucarísticas.

Con la intención de animarles, y con el deseo de tener una unión más profunda y visible en la mesa del Señor, estoy compartiendo esta carta pastoral sobre la Eucaristía, y declarando este un **Año de la Eucaristía**

¹ Papa San Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 1.



Stephen Brathear



para la Arquidiócesis de Seattle. Espero que las siguientes reflexiones ayuden a proveer de guía para los próximos meses.

LITURGIA Y LA OBRA DE REDENCIÓN

Al principio de *Sacrosanctum Concilium*, la Constitución de la Sagrada Liturgia en el Concilio Vaticano II (1963), leemos:

En efecto, la Liturgia, por cuyo medio “se ejerce la obra de nuestra Redención”, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia.²

A través del Misterio Pascual de la muerte y de la

resurrección de Cristo, Dios nos redimió. Esta es la esencia misma de la

Buena Nueva que los apóstoles proclamaron y que la Iglesia proclama hoy.³ Este regalo de Dios da significado a nuestras vidas: De hecho, “¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados?”⁴ Y a través de la liturgia, esta gran obra de redención continúa. En la liturgia, Cristo continúa actuando por nosotros. Cuando la Iglesia se reúne para celebrar la Eucaristía, algo *sucede*: Cristo, verdaderamente presente, actúa por medio de, con, y por nosotros, continuando la obra de redención.

Hay mucho sobre lo cual reflexionar en este breve pasaje de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia. Quisiera resaltar tres puntos que pueden ayudarnos a enfocarnos en la misión, especialmente durante los próximos meses, mientras trabajamos en un proceso de planificación pastoral como arquidiócesis.

² *Sacrosanctum Concilium*, 2.

³ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 571.

⁴ De la Proclamación de Pascua, “Exsultet,” *Misal Romano*.

1. Los fieles expresan el misterio de

Cristo. La Liturgia no es algo que el sacerdote hace y las personas reciben pasivamente. Como católicos, la liturgia es el lenguaje mismo que hablamos. Congregarnos para celebrar la liturgia domingo tras domingo es nuestro medio principal de llegar a conocer a Cristo y de expresar ese misterio a través del ofrecimiento de nuestro tiempo y devoción. Nuestras reuniones a su vez reflejan el misterio de Cristo, quien actúa a través de nosotros en el mundo hoy. Por medio de nuestra *participación* consciente en la Eucaristía, aprendemos a vivir en *comunión más cercana* con Cristo.

2. Los fieles manifiestan el misterio de

Cristo a otros. Al vivir en *comunión más cercana* con Cristo, manifestamos su presencia a todo aquel que encontramos. La obra de evangelización, de compartir la alegría de nuestro encuentro con Cristo, es la tarea de cada cristiano. Como escribió el Papa Francisco: “Cada uno de los bautizados, cualquiera sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo espectador receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha tenido una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo.”⁵ Esto es lo que significa la frase “discípulos misioneros”: somos enviados con la misión de proclamar el Evangelio a otros, incluso si nunca dejamos de ser discípulos, recorriendo y conociendo los senderos del Señor. Nuestra mayor proclamación del Evangelio es un auténtico testimonio de vida.

3. Los fieles manifiestan la naturaleza

real de la verdadera Iglesia. ¿Qué significa esto? Significa que los fieles, todos nosotros, *somos* la Iglesia. La Iglesia no es meramente una institución; ni mucho menos un edificio. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, en cada uno de sus miembros, vivos y activos, en la tierra y en el cielo. La congregación de la comunidad ante el altar para celebrar la Eucaristía nos deja entrever lo que la Iglesia es de verdad: “humana y divina, visible

y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina”.⁶

En la liturgia, la obra de nuestra redención está sucediendo en todo momento. A través de la liturgia, Dios nos llama y nos forma como discípulos misioneros. Es por ello que nuestra participación es tan importante:

*Por tanto, la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él.*⁷

En cuanto a la liturgia, no basta con solo estar presente, porque no debemos ser “espectadores silenciosos” o consumidores, sino devotos colaboradores de Cristo en la santa obra de redención. Nuestra participación activa en la liturgia es un reflejo de nuestra participación activa en la misión de Cristo. Al reunirnos una y otra vez para celebrar la liturgia, vivimos y participamos el sacrificio de entrega de Cristo en la Eucaristía. Incluso al compartir el fruto de su amor sacrificial, estamos llamados a hacer de ese amor un modelo para nuestras propias vidas: Estamos llamados a ofrecernos por los demás. La liturgia no es solo el modelo para nuestras vidas, sino que nos forma para vivir nuestra vida diaria con el mismo amor sacrificial de Cristo.

Esta forma de vida esta bellamente ilustrada en la oración de Ofertorio de la Mañana: “Corazón divino de Jesús, te ofrezco por medio del Inmaculado Corazón de María, Madre de la Iglesia, y en comunión con el sacrificio Eucarístico: mis oraciones y acciones, mis alegrías y sufrimientos de este día ... en unidad con el Santo Sacrificio de la Misa.” La vida divina de Cristo compartida con nosotros en el bautismo se nutre con cada Eucaristía, para que podamos completar la misión de Cristo en nuestras vidas. La vida católica es una vida eucarística. Nosotros, también, tenemos que ser bendecidos, fraccionados, multiplicados, y compartidos para que otros puedan conocer a Jesucristo (ver Juan 6,1-15). Nuestra fe debe integrarse a cada aspecto de nuestra vida, porque como católicos ya no vivimos para nosotros mismos, sino que es Cristo el que vive en nosotros (ver Gálatas 2,20).

⁵ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 120.

⁶ *Sacrosanctum Concilium*, 2.

⁷ *Sacrosanctum Concilium*, 48.



Al ayudar a los fieles a desempeñar este importante papel en la liturgia, y llevarlo a la vida en sus vidas cotidianas, los pastores tienen una seria responsabilidad. “Los pastores de almas deben vigilar para que en la acción litúrgica no sólo se observen las leyes relativas a la celebración válida y lícita, sino también para que los fieles participen en ella consciente, activa y fructuosamente.”⁸ Tanto en la manera en que el sacerdote celebra la liturgia (*ars celebrandi*) como en la formación que provee a su comunidad parroquial, el pastor tiene la especial responsabilidad de ayudar a cada católico a participar plena, consciente y activamente en la Misa y a vivir el espíritu de la liturgia en sus vidas diarias. Porque el misterio que celebramos en cada Misa es el misterio de la vida de cada cristiano

El conocimiento de Cristo como el cordero pascual que ha sido sacrificado por nosotros debe hacernos considerar el momento de su inmolación como el principio de nuestras propias vidas. En cuanto a nosotros, la inmolación de Cristo por nosotros sucede cuando nos volvemos conscientes de esta gracia y comprendemos la vida que nos fue conferida por medio de este sacrificio. Una vez comprendido esto, debemos entrar en esta nueva vida con entusiasmo y nunca regresar a la vida antigua, que ahora termina. Como dicen las Escrituras: Hemos muerto al pecado — ¿cómo podemos entonces continuar viviendo en él?

⁸ *Sacrosanctum Concilium*, 11.

⁹ De una antigua homilía de Pascua por Pseudo-Crisóstomo, Oficina para Lecturas para el lunes de la segunda semana de Pascua.

ORANDO LA MISA: RECIBIENDO LA PALABRA DE DIOS

La Misa es la mayor de nuestras oraciones, la fuente y la cumbre de nuestra vida cristiana. Hay riquezas inagotables en ella; podemos “darnos una zambullida profunda” de contemplación en cualquiera de los momentos de la Misa. Esto habla del misterio y de la naturaleza infinita de Dios, a quien encontramos en la liturgia. Aquí, quisiera detenerme y reflexionar solo en algunos de esos momentos.

En la Constitución de la Sagrada Liturgia, los Padres del Concilio Vaticano II hablaron elocuentemente de la presencia de Cristo en la liturgia. De hecho, hablaron no simplemente de la *presencia*, sino de presencias. Cristo está presente en cuatro maneras cuando nos reunimos a celebrar la Misa. Él está presente en la asamblea, porque “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estaré en medio de ellos” (Mateo 18,20). Él está presente en el sacerdote, que actúa como su persona misma cuando celebra la Misa. Él está presente en la Palabra proclamada. Y Él está presente, de manera más especial, en la Eucaristía, el sacramento de su Cuerpo y Sangre. Verdaderamente, cuando celebramos la Misa, podemos orar con las palabras conocidas de San Patricio Breastplate, “Cristo conmigo, Cristo ante mí, Cristo detrás de mí, Cristo dentro de mí.”

La Iglesia nunca celebra la Eucaristía sin antes abrir las Escrituras, la palabra revelada de Dios. En la mayoría de los domingos, las lecturas nos muestran la revelación del plan de Dios, desde la promesa en las narraciones del Antiguo Testamento hasta su cumplimiento en el Nuevo Testamento. A través de las narraciones del Antiguo Testamento y de las escrituras proféticas, vemos el amor de Dios y el cuidado por la humanidad, mientras prepara el camino para la venida de Cristo. Los salmos son el libro de la oración del pueblo hebreo, y son nuestro libro de oración también. La Segunda Lectura, del Nuevo Testamento, cuenta las luchas de la Iglesia primitiva para proclamar la obra salvadora de Jesús. Y la lectura del Evangelio es “el punto culminante de la Liturgia de la Palabra”,¹⁰ pues en el Evangelio Cristo mismo habla, y la Iglesia escucha en el Evangelio “la misma voz de su novio”.¹¹

Pero la Liturgia de la Palabra no se trata del pasado, sino del presente. Cuando las Escrituras son proclamadas en la Iglesia, “Dios habla a su pueblo, le desvela los misterios de la redención y de la salvación, y le ofrece alimento espiritual; en fin, Cristo mismo, por su palabra, se hace presente en medio de los

¹⁰ *Introducción al Leccionario*, 13.

¹¹ *Introducción al Libro de los Evangelios*, 4.

fieles.”¹² Cuando nos permitimos escuchar, escuchar de verdad, lo que las escrituras nos dicen de nuestras propias vidas y de la realidad en que vivimos, suceden cosas extraordinarias. Cuando honestamente reflexionamos sobre nuestras vidas y los desafíos que enfrentamos como sociedad a la luz de las Escrituras, nos abrimos al poder transformador del Señor.

ORANDO LA MISA: LA VERDADERA PRESENCIA

En la Liturgia de la Eucaristía, continuamos nuestro diálogo con Dios. La oración eucarística es pronunciada por el sacerdote de parte de toda la comunidad. Todos nosotros, como miembros del pueblo eclesial de Dios, ofrecemos juntos esta oración al Padre. Presentamos ante Dios el mundo y todo lo que en él sucede, al presentar nuestras propias vidas y ofrecerlas junto con el pan y el vino para la transformación. En la oración de la preparación del pan y del vino, el sacerdote pide a Dios que reciba este “fruto de la tierra y del trabajo de los hombres”. Cuando ofrecemos el trabajo de nuestras manos — nuestro amor y nuestra labor diaria, nuestras alegrías y sufrimientos, nuestras necesidades como comunidades y naciones — Dios toma estos dones y los transforma.

El pan y vino que ofrecemos a Dios se nos devuelve como pan celestial, el mismo Cuerpo y Sangre de Cristo. El sacrificio de Cristo, ofrecido una vez para todos en la cruz, es renovado en este misterio, y al compartir la Eucaristía participamos de ese mismo sacrificio. La presencia de Cristo en este sacramento no es meramente una representación simbólica de nuestra unidad como comunidad, o un recordatorio de su amor. En la Eucaristía, la muerte y resurrección de Cristo se vuelven tangibles, y Cristo está realmente presente en medio de nosotros: cuerpo, sangre, alma y divinidad. Llamamos a esta presencia la “Presencia Real”. Cuando recibimos la Santa Comunión, realmente tomamos parte en el Cuerpo y la Sangre del Señor, ofrecidos por nuestra salvación. Estamos unidos con Cristo, y al compartir en este misterio, estamos unidos unos con otros.

Nunca ha sido fácil vivir una vida eucarística. Cuando Jesús proclamó por primera vez este misterio a sus discípulos, algunos se escandalizaron: “Como resultado, muchos de sus discípulos se alejaron de él y dejaron de acompañarle” (Juan 6,66). El tiempo en que vivimos plantea desafíos especiales a la fe. Vivimos en una cultura que en gran medida se ha olvidado

de Dios. La fe a menudo es presentada como una reliquia polvorienta de días ya pasados, y la Iglesia simplemente como una más de las instituciones humanas fallidas. Estas actitudes que impregnan nuestra cultura pueden tener un impacto en nuestra vida de fe, erosionando la imaginación sacramental y haciendo que nos sea más difícil reconocer la verdadera presencia de Cristo en la Eucaristía y en el mundo que nos rodea.

Pero nosotros sabemos que la Eucaristía es la presencia real de Cristo en nuestras iglesias y en nuestras vidas, y que este misterio es el eje de la historia. Necesitamos alimentar — o redescubrir — nuestro “asombro Eucarístico”, usando una frase del Papa San Juan Pablo II.¹³ La Eucaristía es la piedra angular de todo lo que hacemos: la fuente de la cual obtenemos nuestra identidad como comunidad de creyentes, la cumbre para la cual todos caminamos y hacia la cual todo servicio es dirigido.

La Adoración del Santísimo Sacramento fluye naturalmente de nuestra experiencia de la Eucaristía durante la Misa. Como el Abad Jeremy Driscoll, OSB, ha dicho: “La exposición es como “una escena estática” de la altura de los elementos consagrados, el Cuerpo y la Sangre de Cristo, en la Misa. La Liturgia fluye más bien rápidamente. El tiempo en la presencia del Santísimo Sacramento fuera de la Misa, ya sea en el tabernáculo o durante la Exposición, nos permite absorber y asimilar de qué se trata este misterio. La Misa es la obra de Dios que crea, forma y salva a su pueblo. La Adoración nos expone a la presencia del

¹³ Papa San Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 5.



¹² *Instrucciones Generales del Misal Romano*, 55.



Stephen Barchan

hecho consumado de la obra salvadora de Cristo por nosotros. La Iglesia concibe que la Adoración del Santísimo Sacramento siempre existe en relación con la acción eucarística en la Misa.

El Papa Francisco enfatiza la importancia del tiempo de adoración para la misión de la Iglesia: “Sin momentos pausados de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración.”¹⁴ Esos momentos cuando nos arrodillamos ante el Santísimo Sacramento, a solas con el Señor, son preciosos e importantes. Pero, como continúa diciendo el Papa Francisco: “Existe el riesgo de que algunos momentos de oración se conviertan en excusa para no entregar la vida en la misión, porque la privatización del estilo de vida puede llevar a los cristianos a refugiarse en alguna falsa espiritualidad.”¹⁵ Nuestro tiempo de adoración debe siempre reflejarse en nuestras vidas y acciones, llevándonos a una comunión más profunda con Cristo y unos con otros. “Los Santos — pensemos por ejemplo en la Santa Teresa de Calcuta — han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor Eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás.”¹⁶

Estoy impresionado con un relato en el diario de mi venerable predecesor el Obispo A.M.A. Blanchet, el primer obispo de esta diócesis. La diócesis fue establecida el 31 de mayo de 1850, pero Blanchet le pone mucha más atención a una fecha diferente en su diario — 23 de enero de 1851. Fue en esa fecha que la Eucaristía fue reservada por primera vez en la Catedral de Saint James, entonces una estructura de madera cerca del Fuerte de Vancouver. El Obispo

Blanchet escribió: “El Santísimo Sacramento está ubicado en el tabernáculo. La iglesia, dedicada a Saint James entonces, en este momento verdaderamente la Casa de Dios, y las Puertas del Cielo. Podemos decir ahora que el Señor ha santificado esta casa, la cual fue construida para establecer Su nombre aquí, y Sus ojos y Su corazón siempre estarán aquí.” El Obispo Blanchet supo que la Eucaristía es la presencia perdurable en medio de nosotros. Cristo está todavía presente en medio de nosotros en la Eucaristía hoy, y esta presencia continúa haciendo posible todo lo que somos y todo lo que hacemos en esta iglesia local.

UN MISTERIO CÓSMICO

Hay algo cósmico acerca de la Eucaristía. “Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación.”¹⁷ La Eucaristía es tanto humana como divina, terrenal y celestial. En la Eucaristía, como en la Encarnación, se unen la tierra y el cielo: “El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a él. En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios. En efecto, la Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmico.”¹⁸

La Eucaristía fortalece nuestra vida interior, a la vez transportándonos más allá de nosotros mismos hacia una relación profunda con el Señor. Este alimento celestial nos fortifica durante nuestro peregrinar en la tierra hasta que encontremos el verdadero hogar en el cielo. Recientemente recibí una preciosa nota de una de nuestras religiosas que hizo esta observación concisa: “Nuestro hogar no está aquí. Nuestro hogar está en el cielo, y el cielo se encuentra en la Eucaristía.”

No hay nada como la Eucaristía en la tierra: ¡las comparaciones no le hacen justicia! Esto es bebida y comida, pero diferente de cualquier otro tipo de bebida y comida. Esta es una comida compartida, pero diferente de cualquier otra comida. En la Eucaristía, Dios toma la más humilde de nuestras ofrendas terrenales — el pan y el vino — y los transforma en algo extraordinario, el Cuerpo mismo y la Sangre misma de Cristo. En la presencia de este maravilloso misterio, todo lo que podemos hacer es acercarnos humildemente

¹⁴ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 262.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Papa Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*, 18.

¹⁷ Papa San Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 8.

¹⁸ Papa Francisco, *Laudato Si'*, 236.

al Señor para recibir lo que él desea darnos.

¿Qué expectativas traemos con nosotros cuando venimos a Misa los domingos? Esperamos una cálida bienvenida, buena música, una excelente homilía (que no sea demasiado larga), y una liturgia celebrada con dignidad y reverencia, estilo y gracia. Y tenemos ese derecho, ya que todas estas cosas son importantes. Ninguna de ellas, sin embargo, es tan importante como nuestro encuentro Eucarístico con Cristo, que siempre debe ser el centro de nuestro ministerio, de nuestra vida parroquial, y de nuestras vidas de fe cotidianas. De esta manera, la liturgia será verdaderamente en nuestras comunidades “la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza”¹⁹ La Eucaristía nos fortalece y la “Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo,” dando ímpetu a todas las demás actividades de la parroquia, la cual a su vez debe dirigirnos de vuelta hacia la Eucaristía en alabanza y gratitud.

EL DESAFÍO DE LA UNIDAD

San Pablo tuvo palabras severas para los Corintios, cuya comunidad estaba dividida en facciones. Le escandalizaba especialmente que estas divisiones eran más evidentes cuando se reunían para la Eucaristía: “He oído decir que cuando celebran sus asambleas, hay divisiones entre ustedes, y en parte lo creo. Sin embargo, es preciso que se formen partidos entre ustedes... ¿Qué les diré? ¿Los voy a alabar? En esto,

¹⁹ *Sacrosanctum Concilium*, 10.

no puedo alabarlos.” (1 Corintios, 11, 18-22). Sabemos que dentro de la Iglesia hoy hay divisiones también. En vez de reconocer nuestra unidad fundamental dentro del Cuerpo de Cristo, algunos católicos intensifican esas divisiones rechazando o incluso demonizando a otros. La liturgia puede muy fácilmente convertirse en un campo de batalla ideológica, cuando las personas insisten en que su propio modo de hacer las cosas es mejor, o inclusive, el único modo. Pero eso es ver a la Iglesia como una institución humana que podemos moldear de acuerdo a nuestra propia forma de pensar. La Iglesia es un misterio, a través del cual Dios nos moldea, formándonos en su santo pueblo. El Papa San Juan Pablo II lo expresó muy bien: “el hombre está siempre tentado a reducir a su propia medida la Eucaristía, mientras que en realidad es él quien debe abrirse a las dimensiones del Misterio.”²⁰ Cuando celebramos la Eucaristía, Dios nos está formando, a través del Misterio Pascual de Jesús, en una familia de Dios. Esta no es obra nuestra, sino de Dios: “Atiende los deseos y las súplicas de esta familia *que has congregado en tu presencia.*”²¹

Como Iglesia local, la unidad no es solo un objetivo entre varios otros. La unidad es esencial para nuestra misión. La oración de Jesús por sus discípulos en la noche antes de morir fue que seamos uno: “No ruego solamente por ellos, sino también por los que gracias a su palabra, creerán en mí. Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17,20-21). La efectividad de nuestro testimonio depende de nuestra unidad. En ningún otro lugar es esta unidad más importante que en nuestras celebraciones de la Eucaristía.

*Del mismo modo estemos congregados y unidos, cuidémonos de estar desunidos en espíritu. Cesen las malignas rencillas, cesen los disgustos. Y Cristo nuestro Dios reine entre nosotros.*²²

La unidad no es fácil. La unidad requiere dar y recibir. Como escribió el Papa Benedicto XVI: “La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos.”²³ El compartir íntimo con Cristo que experimentamos en la Eucaristía y cuando recibimos la Santa Comunión no es

²⁰ Papa San Juan Pablo II, *Mane Nobiscum Domine*, 14, 7 October 2004.

²¹ Plegaria Eucarística III, *Misal Romano*.

²² De “Ubi caritas,” el canto de ofertorio para el Jueves Santo, *Misal Romano*.

²³ Papa Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*, 14.





estrictamente entre Dios y yo, porque la Misa no es una devoción individual sino una oración comunal. Por esta razón, nuestras celebraciones de la Eucaristía deben estar marcadas no solo por expresiones individuales de piedad, sino por la unidad.

Los cantos, las respuestas habladas, y las posturas que tomamos durante la Misa — ponernos de pie, inclinarnos, arrodillarnos — son signos importantes de esa unidad, y es más: en realidad pueden ayudarnos a construir la unidad que buscamos. Las *Instrucciones Generales del Misal Romano* nos dicen que persignarnos al inicio de la Misa no solo introduce la celebración, sino que “promueve la unidad entre los presentes”.²⁴ De manera similar, “La uniformidad de las posturas, que debe ser observada por todos los participantes, es signo de la unidad de los miembros de la comunidad cristiana congregados para la sagrada Liturgia: expresa y promueve, en efecto, la intención y los sentimientos de los participantes.”²⁵ Cuando nos reunimos para celebrar la Misa, lo que hacemos como comunidad realmente importa. El rito de la fracción en la Misa, cuando el sacerdote fracciona la hostia, nos recuerda a todos de esto: una hostia que es fraccionada en varias partes, para que las varias partes se conviertan en un cuerpo en Cristo. Como escribió San Pablo: “Ya que hay un solo pan, todos nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo Cuerpo” (1 Corintios 10,17).

Nuestra unidad debe ir más allá de nuestra

comunidad parroquial. Cuando celebramos la Misa, somos parte de una Iglesia mayor — de la Iglesia local, la Arquidiócesis de Seattle, la Iglesia en todo el mundo. En la Roma de los cristianos primitivos, esta unidad era expresada en un único rito, que ya no forma parte de la Misa, llamado el *fragmentum*. Cada domingo, el obispo de Roma mandaba un fragmento de pan consagrado en su Misa a cada parroquia. Este fragmento luego sería mezclado con el cáliz en cada celebración de la Eucaristía. Simbolizaba la unión de las parroquias con la Misa ofrecida por el obispo de Roma.

Al ir conociendo la arquidiócesis durante el transcurso del año, he visto una amplia variedad de prácticas litúrgicas. A fin de expresar y reforzar nuestra unidad como Iglesia local, me gustaría aclarar varios aspectos de la Misa y llevar a todos a la unidad en postura y práctica. Reconozco que esto requerirá de algunos cambios virtualmente para todas nuestras comunidades parroquiales, y para algunas más que para otras, pero nuestra unidad como Iglesia local en la celebración de la liturgia de seguro justifica el esfuerzo de nuestra parte. Con respecto a esto, debemos estar atentos a la práctica de la Iglesia Universal, particularmente “aquellas que contribuyan al bien común espiritual del pueblo de Dios, más que al deseo o a las inclinaciones privadas”.²⁶

POSTURAS EN LA ORACIÓN

Durante la Misa, oramos no solo con nuestras mentes, corazones y voces, sino también con nuestros cuerpos. Nos ponemos de pie — una postura antigua de oración y reverencia. Nos sentamos — la postura de escucha y atención. Y nos arrodillamos — la postura de humilde adoración. Todas estas posturas tienen su lugar apropiado en nuestras celebraciones litúrgicas: de pie para los Ritos de Entrada, la proclamación y el Evangelio, la Profesión de Fe, y las Oraciones de los Fieles; sentados para la Liturgia de la Palabra y para la homilía.

Con respecto a la Oración Eucarística, me gustaría que utilicemos las mismas posturas en toda la arquidiócesis durante la Liturgia de la Eucaristía y el Rito de Comunión, de acuerdo con las *Instrucciones Generales del Misal Romano* y la práctica generalizada en los Estados Unidos. Entonces, “permanezca de rodillas desde cuando termina la aclamación del ‘Santo’ hasta el final de la Plegaria Eucarística”.²⁷ Luego de la Plegaria Eucarística, nos ponemos de pie para rezar juntos el Padre Nuestro y para intercambiar saludos

²⁴ GIRM, 46.

²⁵ GIRM, 42.

²⁶ GIRM, 42.

²⁷ GIRM, 43.

de paz. El saludo de paz es más que un mero gesto de buena voluntad. Es la paz de *Cristo* que recibimos y compartimos en ese momento. La paz del Señor nos lleva a la comunión con el Señor y unos con otros.

Además, debemos “arrodillarnos luego del *Cordero de Dios*”²⁸ hasta el momento de empezar la procesión de Comunión. Arrodillarse es una postura de adoración. Cuando nos ponemos de rodillas, ¡no podemos “hacer” ninguna otra cosa! En este momento, nos preparamos para recibir la Comunión arrodillándonos en la presencia de Cristo, que ya está entre nosotros en el sacramento de su Cuerpo y Sangre, hasta que llega el momento de levantarnos y unirnos a la procesión de Comunión.

La recepción de la Santa Comunión es un momento sagrado de encuentro con el Señor Resucitado en el sacramento de su Cuerpo y Sangre. Es íntimo, aunque no es solamente individual: este es un acto comunitario. Cuando vamos a recibir la Comunión, lo hacemos como parte de una procesión junto con toda la comunidad allí reunida. Nos convertimos en lo que recibimos: el Cuerpo de Cristo. Por esta razón, la unidad en la postura es importante en la procesión de la Comunión también. En la Arquidiócesis de Seattle, seguimos las normas para los Estados Unidos, según lo expresan la *Instrucción General del Misal Romano*. Cuando nos movemos en procesión hacia el altar, nos inclinamos antes de recibir el Cuerpo y Sangre de Cristo, y permanecemos de pie para recibir la Santa Comunión, ya sea la hostia o el cáliz. Arrodillarse en este momento, o agregar otros gestos, individualiza la recepción de la Comunión. Pero este no es el momento para expresiones personales de piedad, lo cual distrae a otros y llama la atención de los demás hacia nosotros. Más bien, respetuosos en nuestra creencia de la verdadera presencia del Señor en la Eucaristía, este es el momento cuando debemos estar más unidos como comunidad. Al recibir el Cuerpo de Cristo, nos *convertimos* en uno con Cristo, y a través de Cristo, uno con todos los demás que reciben al mismo Señor Eucarístico.

Participar en el himno de la comunión mientras la congregación continúa la procesión y recibe la comunión es otra importante forma de alabanza y fuente de unidad. Al regresar a nuestros asientos luego de la comunión, es apropiado “sentarse o arrodillarse durante el periodo de silencio sagrado después de la Comunión”.²⁹ Este es un momento para reflexionar en oración sobre el misterio que hemos recibido y para dar gracias por tan precioso regalo.

²⁸ Ibid.

²⁹ Ibid.

La purificación de las vasijas sagradas después de la comunión es realizada por el sacerdote o diácono. Mientras que nuestra reverencia por la presencia eucarística del Señor requiere que este rito sea realizado con cuidado, no debería ser excesivamente prolongado. Observar que la *Instrucción General del Misal Romano* permite que las vasijas sean colocadas a un lado de la mesa y cubiertas, para ser purificadas después de la Misa, una opción a ser considerada si la purificación tomará una cantidad de tiempo considerable.

Pido a todos nuestros sacerdotes que dediquen devotamente cierto tiempo revisando los documentos litúrgicos y los textos, para que podamos humildemente examinar los celebrantes nuestra fidelidad en la celebración de la Eucaristía. Por varias razones, en el transcurso del tiempo, se pueden dar cambios sutiles pero reales en nuestras celebraciones de la liturgia, ya sea en el lenguaje de las oraciones o gestos o prácticas adicionales. Comprometámonos a una mayor fidelidad tanto en la oración como en las rúbricas del Rito Romano, recordando que “nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la Liturgia”.³⁰

Junto con esta carta pastoral, emito lineamientos revisados para la celebración de la Eucaristía en la Arquidiócesis de Seattle. Pido a todos los pastores que revisen estos lineamientos cuidadosamente para implementar los cambios necesarios a tiempo, antes de comenzar el nuevo Año Litúrgico, en el Adviento de 2020.

³⁰ *Sacrosanctum Concilium*, 22.



LA EUCARISTÍA Y LA CARIDAD

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, no es el pan y el vino solamente lo que se transforma en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Nosotros debemos ser transformados también. Cuando presentamos nuestras ofrendas de pan y vino, junto con las colectas, nos colocamos simbólicamente en el altar, para que podamos convertirnos (junto con el pan y el vino) en el Cuerpo de Cristo. Cuando recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nos convertimos en lo que recibimos — somos incorporados al Cuerpo de Cristo. San Agustín dijo a su congregación: “Por tanto, si quieres entender el cuerpo de Cristo, escucha al Apóstol que dice a los fieles: Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros. En consecuencia, si vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, sobre la mesa del Señor está puesto el misterio que vosotros mismos sois: recibís el misterio que sois vosotros.”³¹

Y ser el Cuerpo de Cristo significa llevar la misión de Cristo al mundo. Esta misión es, en esencia, proclamar la Palabra de Cristo, celebrar sus sacramentos, y extender su amor a través de vidas de caridad.

La Eucaristía nos compromete con los pobres.³² Recientes pontífices han dejado bien clara esta relación entre la Eucaristía y la caridad. El Papa San Juan Pablo II nos recuerda mantener nuestra espiritualidad fundamentada, para “rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad”.³³ En su carta para el Año de la Eucaristía, escribió: “No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo. ... En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas.”³⁴ El Papa Benedicto XVI reiteró esta relación entre la alabanza y el servicio, entre la Eucaristía y la caridad:



“En la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma.”³⁵

Mientras trabajamos por fortalecer nuestras celebraciones eucarísticas y por profundizar nuestra espiritualidad eucarística durante los meses venideros, comprometámonos a celebraciones eucarísticas verdaderamente auténticas, las cuales redundarán en la práctica concreta de amor a través del servicio a los más pobres y vulnerables.

EL AÑO DE LA EUCARISTÍA

Con esta carta, estoy anunciando el Año de la Eucaristía, comenzando con la Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo el 14 de junio, y concluyendo con la misma solemnidad el domingo, 6 de junio de 2021.

Este debe ser un tiempo de catequesis y de enseñanza para todos sobre el tema de la Eucaristía. “Los pastores de almas fomenten con diligencia y paciencia la educación litúrgica y la participación activa de los fieles, interna y externa.”³⁶ Los sacerdotes y diáconos deben aprovechar cada oportunidad que presenta el Leccionario este año para predicar sobre la Eucaristía.

Este es un tiempo propicio para que las parroquias provean de capacitación adicional a todos los ministros de eucaristía, así como catequesis adicional a los fieles. Nuestro objetivo es que todos los católicos entren en el misterio que celebramos, a fin de apreciarlo más plenamente, y esperamos que los fieles también reconozcan las implicaciones del rito de envío al final de la Misa como un encargo de vivir esta vida eucarística en el mundo, para llevar a cabo la misión de Jesús en nuestra vida cotidiana.

La arquidiócesis ayudará a los líderes parroquiales a identificar materiales y conferencistas para grupos parroquiales y estudio en el hogar. Se exhorta a las parroquias a ofrecer retiros y talleres no solo para

³¹ San Agustín, Sermón 272.

³² Catecismo de la Iglesia Católica, 1397.

³³ *Novo Millennio Ineunte*, 52.

³⁴ *Mane Nobiscum Domine*, 28.

³⁵ *Deus Caritas Est*, 14.

³⁶ *Sacrosanctum Concilium*, 19.



Jamie Olson

brindar oportunidades de oración, sino también catequesis sobre la Eucaristía y sobre la profunda fuente de gracia que ofrece para la conversión y la santidad de vida.

Sobre todo, es mi esperanza que este tiempo de oración y estudio intensificados promueva y fortalezca nuestras congregaciones los domingos al celebrar este increíble don, esta obra de redención que es la Eucaristía.

Mientras que nuestro enfoque principal para este Año de la Eucaristía es aumentar nuestro entendimiento y elevar la calidad de cómo *celebramos* la Eucaristía, nuestra fe en la presencia eucarística de Cristo naturalmente nos guía hacia momentos de oración ante el Santísimo Sacramento. Insto a todos los pastores que se aseguren de que los fieles tengan acceso a horas de Adoración del Santísimo Sacramento, y animo a los fieles a aprovechar estas oportunidades. Cuando salen a hacer recados, o tal vez mientras esperan que sus niños salgan de la escuela, tal vez pueden desarrollar la sagrada costumbre de hacer una parada en la iglesia por unos breves momentos de oración ante el Santísimo Sacramento.

¡Qué maravilloso sería si, durante este año que

entra, cada uno de nosotros podamos crecer en nuestro deseo y habilidad de estar en devota conversación con Cristo, presente en el Santísimo Sacramento! El Señor desea oír de nosotros, saber, en nuestras propias palabras, lo que está sucediendo en nuestras vidas: nuestras esperanzas, miedos, alegrías, preocupaciones, preguntas. Como cito al principio de esta carta, la Iglesia obtiene vida de la Eucaristía³⁷ y así también cada uno de nosotros, que somos miembros de este Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Qué bello es cuando aprendemos a vivir *como* Cristo, cuando permitimos que Cristo viva más plenamente dentro y a través de nosotros. ¡Esto es en gran parte de lo que se trata la vida Eucarística!

Sé que este no es el momento ideal para realizar nuestra vida litúrgica, ya que el coronavirus muy probablemente continuará interrumpiendo nuestra posibilidad de reunirnos regularmente para celebrar la Eucaristía. Sin embargo, celebrar un Año de la Eucaristía ha sido mi deseo por mucho tiempo, así que confiemos en la Providencia de Dios, que por medio de su gracia nos beneficiaremos de una renovada oración y de un renovado estudio de la Eucaristía.

³⁷ Papa San Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 1.

MARÍA, MADRE DE LA EUCARISTÍA

Desde aquel privilegiado momento de la Encarnación, Nuestra Santísima Madre aceptó el plan de Dios con gran amor y sumisión de voluntad. El Ángel Gabriel predijo que, como Hijo de Dios, este niño sería concebido por obra del Espíritu Santo, y que recibiría el trono de un reino que no tendría fin (cfr Lucas 1, 26-38). El profeta Simeón también predijo que, por medio de Jesús, corazones serían desnudados y que una espada le atravesaría el corazón (cfr Lucas 2, 33-35). Desde el momento de su nacimiento, María ofreció amorosa y obedientemente a su hijo, Jesús, al Padre, hasta el mismo momento en que, de pie ante la cruz, su corazón fue atravesado junto con el corazón de su hijo, “asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado.”³⁸

María es la Madre de gracia, porque ella fue la sierva de Cristo para que ganara para nosotros la mayor de todas las gracias: la redención y la salvación, la vida divina y la gloria infinita.³⁹ Nuestra Santísima Madre está íntimamente ligada al Misterio Pascual de Cristo. De pie ante la cruz, María fue testimonio de la muerte de Jesús y recibió su cuerpo herido en sus brazos. María alegremente dio la bienvenida al Cristo Resucitado. Ella estuvo presente en Pentecostés. Hasta hoy, María está presente en cada Eucaristía, orando por, para y con la Iglesia.

Nuestra Santísima Madre enseñó a todos los creyentes cómo vivir como discípulos de Jesús, convirtiendo nuestras propias vidas en ofrenda amorosa para Dios. Entreguemos entonces a María nuestro ser y nuestras celebraciones eucarísticas durante el Año de la Eucaristía que inicia. Busquemos su intercesión para que podamos aprender a vivir más plenamente la vida de Cristo, la vida y el amor que es

³⁸ *Lumen Gentium*, 58.

³⁹ Cf. *Lumen Gentium*, 61.

compartido con nosotros en cada Eucaristía. Que su intercesión alcance para nosotros la gracia de cooperar más plenamente con su hijo, que a través de la *obra de redención* alcanzada en cada Misa, renueva su morada en cada uno de nosotros.

Por favor permítanme concluir con una palabra de Santa Catalina de Siena sobre cómo la Eucaristía nos alimenta, y cómo este alimento nos fortalece para hacer de nuestras vidas un regalo de amor para otros:

Dividiéndose esta hostia no se divide Dios, sino que en cada parte esta todo entero, ni se disminuye en sí mismo. Si tuvieras tú una luz, y todo el mundo viniese a tomar de ella, la luz no se disminuiría, y sin embargo cada uno llevaría toda la luz, quien más, quien menos, según la cantidad de la materia que llevaba que de ella tomase, porque en la misma cantidad recibiría el fuego. ...

Este ser dado a vosotros por amor tuvo principio en el santo Bautismo, en virtud de la sangre de este Verbo, porque de otra manera no podíais participar de esta luz. ...

Así vosotros no podéis lucir si no habéis recibido en vuestra alma el pábilo que se enciende, esto es, la santísima fe unida a la gracia que recibís en el Bautismo con el afecto de vuestra alma que yo crie en disposición para amar, la cual es tan a propósito para amar, que no puede vivir sin el amor, o por mejor decir, este es su manjar y sustento.⁴⁰

+ Festividad de Santa Catalina de Siena
29 de abril de 2020

Primer Aniversario del Nombramiento como
Arzobispo Coadjutor de Seattle



Reverendísimo Paul D. Etienne, DD, STL
Arzobispo de Seattle

RECONOCIMIENTOS:

Un agradecimiento especial al Abad Jeremy Driscoll, OSB, por su generoso y esclarecedor asesoramiento y a Corinna Laughlin por su increíble ayuda en la redacción de este documento.

⁴⁰ Santa Catalina de Siena, *Diálogos*, 110.



Archbishop Paul D. Etienne